

“Oiga el público verdades”: Los panfletos de Fernández de Lizardi (1820-1827)*

SILVIA JULIANA ROCHA DALLOS**

I found the pamphlet's words to be the smoking gun that I was looking for... a suggestive personalization of colonial rule, one that equated it with linguistic interference and took the process of decolonization from its macrocosmic dimensions and reduced it to the microcosm of an individual trying to speak.¹

ESTA NO ES LA HISTORIA del soldado caído en guerra, tampoco la del héroe patriota de una independencia latinoamericana. Esta es la historia de un escritor y publicista del siglo XIX, cuyas obras no sólo propusieron críticas a los proyectos de nación, sino también intentaron subvertir la conciencia criolla, vinculando la insurgencia de la letra como preparación de la ideología nacionalista. Sí, esta es la historia de José Joaquín Fernández de Lizardi, aquel letrado que habló a las llamadas “heterogeneidades peligrosas” y se mimetizó en sus voces;² el mismo que escribió *El Periquillo Sarniento*, la primera novela mexicana, latinoamericana e hispanoamericana,³ y aquél que en 1820, cuando el gobierno constitucional mexicano fue restablecido, la libertad de prensa fue concedida y la Inquisición fue suprimida, abandonó el campo de la ficción y se convirtió en panfletista.⁴

* El presente ensayo recibió mención honorífica en la segunda edición del Premio Internacional de Historia Intelectual de América Latina 2016, convocado por el Grupo de Trabajo de la Asociación Europea de Historiadores Latinoamericanistas (AHILA) “Trabajo intelectual, pensamiento y modernidad en América Latina, siglos XIX y XX”, el Cuerpo Académico “Historia y Cultura” de la Universidad Veracruzana, la Academia Nacional de Historia del Ecuador y la Universidad Central del Ecuador.

** Dirigir correspondencia a e-mail: silviajrocha@wustl.edu.

¹ VOGLEY, 2001, p. 2.

² FRANCO, 1983, p. 4.

³ RAMÍREZ PIMIENTA, 1998, p. 225; VOGLEY, 2001, pp. 20-25; BENÍTEZ-ROJO, 1996, p. 327.

⁴ SPELL, 1927, p. 110.

Ésta es también la historia del campo minado por el que el *Pensador Mexicano* tuvo que transitar a medida que tomaba posesión de la palabra, hacía de ella “*a smoking gun*” y se enfrentaba a las instituciones cuyo capital cultural protegía el antiguo régimen. Desde 1811 hasta su muerte en 1827, Lizardi fue el centro de controversias literarias, políticas y religiosas. Tropezó con realistas y con facciones insurgentes, y sin aspirar a crear literatura —como lo afirmó Jefferson R. Spell—, se convirtió en el blanco de ataques de virreyes e inquisidores por su estilo, su lenguaje y sus modalidades de publicación;⁵ a pesar de los ataques, Lizardi se mantuvo sin temor ante la censura o el encarcelamiento, desafiante a sus enemigos y firme en su propósito de llevar a cabo reformas en México. Convirtió la letra en una feroz crítica social, en un arma capaz de romper la verticalidad del virreinato, dejando al descubierto “los recursos simbólicos y discursivos a través de los cuales se reproducía el sistema de dominación imperial”.⁶ Así, forjando los límites de la ciudad letrada, con su firma o en la voz de cada uno de sus personajes, Lizardi batalló dentro un campo que trasladó la escritura novohispana al debate entre el conocimiento y el patriotismo —o el nacionalismo incipiente—, y la postulación de un nuevo tipo de lector criollo.⁷

El Periquillo Sarmiento, texto que preparó “*the reading subject for life under Independence*”,⁸ fue una de esas armas escriturales de Lizardi. Quizá una de las más cercanas al registro panfletario y una de las más importantes, pues fue gracias a Don Pedro Sarmiento y a su crítica de los espacios coloniales, que las heterogéneas voces novohispanas participaron de la transición del súbdito español al “hombre nuevo” mexicano del liberalismo;⁹ en otras palabras, gracias a la representación de la caída de un criollo decente en el leperaje se postuló el potencial de una sociedad mexicana que necesitaba un Estado burocrático basado en la escritura y en el letrado.¹⁰ Si bien

⁵ SPELL, 1928, p. 233.

⁶ MORAÑA, 1989, p. 114.

⁷ STOLLEY, 1996, p. 367.

⁸ STEINBERG, 2013, p. 43.

⁹ Según Juan Pablo Dabove, “*Perico tried his hand at all trades and professions: university student, notary, professional beggar, professional gambler, barber, civil servant, secretary, personal assistant, sacristan, soldier, priest, physician, and this list is far to complete*”. DABOVE, 2007, p. 43.

¹⁰ FRANCO, 1983, p. 20.

Lizardi escribió esta novela antes de la independencia mexicana y tuvo una intensa labor como publicista y novelista entre 1812 y 1823, *El Periquillo* ya planteaba la radicalización del escritor público, demandaba su entrada en escena y su conversión en aquel sujeto que ya no era vasallo, sino ciudadano que ofrecía su opinión y la sometía a juicio de sus semejantes.¹¹ Era el sujeto que —como sostienen Nancy Vogeley¹² y Jean Franco—, había alcanzado su posición por defender la secularización y por sus polémicas contra la Iglesia.¹³ De ahí que Lizardi se apropiara de otros géneros modelados según las formas ya institucionalizadas de la comunicación hablada: el diálogo en su formato más subversivo, el panfleto.

El presente texto se propone reconstruir la posición del campo literario (dialógico) lizardino dentro del campo de poder mexicano (pre y posindependentista), con el fin de analizar las luchas entre los diferentes ostentadores de poder por la transformación del valor relativo de las especies de capital político-cultural entre 1820 y 1827. En concreto, se estudia la forma como Lizardi se apropia de la voz de los interlocutores que trascienden el marco de censura e inestabilidad política que reinaba en México, para escribir diálogos panfletarios y realizar tomas de posición después de la coronación de Agustín de Iturbide. Se analizan las tomas de posición que realizó el escritor mexicano como “transformaciones de las correlaciones de fuerza constitutivas del espacio de las posiciones, transformaciones que son posibilitadas por el encuentro entre las intenciones subversivas de una fracción de productores y las expectativas de una fracción del público”,¹⁴ con miras a la renovación de las relaciones entre el campo literario y el campo de poder. De este modo, se observa cómo Lizardi, en su afán por “democratizar” la letra, configura un mundo escriturario en el que no sólo habla el sector letrado de la sociedad, sino también conversan y se escuchan voces y resistencias de un cucharero, de Juanita la curtidora, de Perucho, Don Liberato, Don Porras, o de milita-

¹¹ Labor que se complementa con *El Pensador Mexicano* (1812 -1814), *Las sombras de Heráclito y democrático* (1815), *Alacena de Frioleras* (1815-1816), *Noches tristes y día alegre* (1818-1819), *La Quijotita y su prima* (1818), *El Conductor Eléctrico* (1820), *El amigo de la Paz y de la Patria* (1822), *El Payaso de los Periódicos* (1823) y *El Hermano del Perico que cantaba la victoria* (1823).

¹² Al respecto véanse VOGLEY, 1993, pp. 189-212; VOGLEY, 1987, pp. 784-800.

¹³ FRANCO, 1984, p. 430.

¹⁴ BOURDIEU, 1990, p. 4.

res y protagonistas de la independencia frente a las instituciones de poder en México durante las primeras décadas del siglo XIX. Para reconstruir el campo literario dialógico lizardino dentro del campo político mexicano se analizan, además, las piezas dialógicas como estrategias de mimetismo ambiguo/colonial y prácticas de producción cultural en disputa, inmersas en la denominada Guerra de Panfletos (1820 y 1823)¹⁵ y en un contexto en el cual crecía la relación entre literatura, emancipación e ilustración. Dicho mimetismo se convirtió en “el signo de una doble articulación (política y literaria); en una compleja estrategia de reforma, regulación y disciplina, que se apropió del *Otro* cuando éste visualizaba el poder”.¹⁶ El mimetismo (lizardino) dio paso al signo de lo inapropiado, a una diferencia u obstinación que cohesionó la función del poder colonial y, a la vez, proyectó una amenaza sobre el saber normalizado y los poderes disciplinarios de la ciudad letrada.

Lizardi emitió numerosos folletos de los cuales unos 250 se publicaron independientemente¹⁷ y 34 a través de las denominadas imprentas insurgentes y en formato de diálogo panfletario. Según sus críticos, tales panfletos se sitúan dentro del campo literario mexicano como “*the second class of Mexican literary periodicals, which had for purpose the vulgarization of useful knowledge or the dissemination of political propaganda*”;¹⁸ dicha dispersión de saberes y poderes se fija también como resultado de diversas manifestaciones de capital cultural letrado que, aunque “vulgar”, propició lo que Karen Stolley denomina cuarta etapa del impulso de la Ilustración en Latinoamérica, un periodo caracterizado por una “*rapidly expanding dimension through the establishment of academies, reform plans, periodical literature, and other publishing projects which are entirely consistent with the encyclopedic impulse of the Enlightenment*”.¹⁹ Los estudios de Ernesto de la Torre y Beatriz Alba-Koch también han reconocido la importancia del absolutismo ilustrado en los textos lizardinos, reafirmando que el proceso de ilustrar al pueblo se inició a mediados del siglo XVIII a partir de una

¹⁵ VOGLEY, 2007, pp. 170-171.

¹⁶ BHABHA, 2002, p. 112.

¹⁷ SPELL, 1927, p. 105.

¹⁸ SPELL, 1937, p. 272.

¹⁹ STOLLEY, 1996, p. 367.

corriente de renovación ideológica. Esta renovación se ocupó de la educación, la filosofía y la ciencia y, posteriormente, tomó un carácter político que devino en un movimiento de reforma centrado en las teorías europeas, el didactismo, la crítica sociopolítica y una indirecta demanda independentista.²⁰ Dicho espíritu se vio reflejado en la producción panfletaria lizardina, y cada una de sus tomas de posesión en el campo político mexicano se convirtió en un medio —un campo de reforma—, y no en un lugar de revolución; aunque su apego a la libertad individual no fue tan rotundo como el de los liberales mexicanos posteriores,²¹ su entusiasmo por el mantenimiento del orden dominó su visión de cambio:

Cucharero: Una de las causas que hay para que abunden los de nuestro oficio es la mala educación que nos dan nuestros padres, porque no tienen otra mejor. Si los curas y ayuntamientos fueran responsables, si se castigara cuando en sus feligresías y jurisdicciones se hallara dentro de dos años un muchacho que no supiera leer, y dentro de cuatro uno que no supiera escribir, verías menos necios. Pero como no hay quien reclame sobre esto a los párrocos no a los jueces de partido, se desentienden de cumplir con su obligación, no se estrechan a los padres de familia, y se descuidan de la educación de sus hijos.²²

Como vemos, la construcción del campo panfletario se complementa no sólo con la voz de un cucharero demandando las reformas del grupo letrado, sino también con la distinción entre una minoría ilustrada y una mayoría iletrada, la cual ha conducido a formular la tesis de que los movimientos de independencia hispanoamericanos —incluido el de México— no fueron levantamientos populares, sino silenciosas sublevaciones políticas organizadas por las clases medias cultas.²³ Por eso, la comprensión de las razones que impulsaron la lucha entre los diferentes ostentadores de poder por la transformación de las especies de capital político-cultural en México, puede basarse en el examen de la literatura panfletaria que produjo el grupo criollo letrado. Se precisa una advertencia más, y es que los panfletos después de 1820 y 1821 son hijos de las circunstancias incendiarias de

²⁰ TORRE VILLAR, 1979, p. 51; ALBA-KOCH, 2000, p. 303.

²¹ Al respecto, véase CONCHA, 1995.

²² FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1822a, p. 21.

²³ FERRER MUÑOZ, 1996, p. 2.

estos años: publicados cuando la ruptura con España era inminente, fueron concebidos para lograr que la opinión pública cristalizara en favor de la independencia. Dicho carácter instrumental implicaba una fuerte dosis de “exageración deliberada de los vicios y de la maldad españoles”, en abierto contraste con la idealización de América que, a los ojos de los panfletistas, encerraba una potencialidad sin límites.²⁴

El tema de los panfletos lizardininos varió en función del estado de la prensa mexicana y su carácter subversivo obedeció a un proceso que, según Beatriz González-Stephan, tiene que ver con una autorreflexión que hacen los intelectuales ante su dislocación del aparato burocrático estatal.²⁵ El sujeto que examina la crisis del Estado nacional —en este caso Lizardi—, y que puede determinar a su vez el carácter contingente, construido, narratológico de la nación, está también evaluando su locación y las tareas articuladas a la institución que le dio identidad. Este descentramiento ha traído la posibilidad de un distanciamiento (auto)crítico que ha permitido visualizar la naturaleza discursiva del poder en sus prácticas verbo-simbólicas (panfletos), descodificar la maquinaria estatal y dar cuenta de agenciamientos nada inocentes, como el observado en la conversación entre Juanita la curtidora y defensora de los gachupines, y su marido Perucho:

Perucho: Vaya lee este papel que se llama OIGA EL PÚBLICO VERDADES.

Juanita: ¡Jesús, y qué papel tan sedicioso, tan incendiario, y tan impolítico en los momentos críticos de la revolución! Su autor lo escribió con sangre, y sus notas son unos débiles reparos que opone a su invectiva, y por acallar el fuerte grito de su conciencia, que le decía: “obras mal, escribes peor, calumnias a los españoles, y tratas de alarmar contra buenos y malos al pueblo incauto. Esto ni Dios te lo manda, ni el emperador lo enseña, no el gobierno te lo puede disimular.

Perucho: Pero, ¿no ves que dice que su autor no tiene miedo?²⁶

Esto dicho, en las tomas de posición lizardininas la palabra se extendió con éxito para designar al español, en contraposición al criollo. Cada agente

²⁴ BACHMAN, 1971, pp. 530-531.

²⁵ GONZÁLEZ-STEPHAN, 2002, p. 21.

²⁶ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1823b, p. 345.

ingresó al campo con disposiciones que determinaron la posición a tomar en relación con las demás ya establecidas. En el campo literario lizardino, esas posiciones se plasmaron a través de un discurso específico: los agentes de sus diálogos entraron al juego porque acataron las reglas establecidas e ingresaron a un espacio de posibles, es decir, que se les impuso una “herencia acumulada por la labor colectiva”.²⁷ El diálogo en voz de Lizardi pasó a ser un género heterogéneo que se asociaba con la cultura oral, con la voz coloquial que adoptada por el grupo letrado se apropió del espacio de lo imaginario, pero se divulgó en el espacio de lo escritural. El sujeto mexicano, el mismo que se va construyendo de la mano del panfletista y en la voz de Perucho, muestra su cansancio a través de la sátira, revelando su desazón frente a la autoridad española y frente a unos modelos impuestos. En su interés por modificar el campo político y por transformar las relaciones de poder, los interlocutores lizardinos se apropian de un lenguaje que pasa de las burlas a un cura a las de la Iglesia, de las burlas a un virrey a las del dominio español.²⁸ La lucha de Perucho adquiere un registro en el cual la sátira y la ironía se trastocan en una burla capaz de insultar al enemigo. La sátira se hizo menos parroquial y alzó vuelo contra las costumbres de las clases notables, lo mismo que contra las del pueblo, por eso vemos en el personaje de Juanita la utilización de mundos imaginarios para referirse a realidades concretas y en ocasiones conciliadoras. Ella, a pesar de representar al “nuevo criollo lector” (de papeles sediciosos) y de simbolizar la fuerza productiva de la futura nación, aún se encuentra en un estado de oscurantismo; es un personaje aún fiel al Imperio y a la institución eclesiástica, un sujeto atado al pasado novohispano para quien la lectura de papeles incendiarios y la retórica panfletaria de Perucho remite a un estado de embriaguez, más que al discurso denunciante del Imperio: “hombre, ¿qué has tomado mucho pulque?... pobres gachupines, si no vivían entonces, ¿qué culpa pueden tener?”,²⁹ a lo que su esposo responde reconstruyendo el campo político mexicano y presentando las consecuentes tomas de posición lizardinas:

²⁷ BOURDIEU, 1995, p. 248.

²⁸ GONZÁLEZ CASANOVA, 1992, p. 85.

²⁹ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1823b, pp. 344-345.

Perucho: Ellos tuvieron la culpa de la apatía de Carlos IV, de la privanza de Godoy, de la ignorancia de Fernando, de la astucia de Napoleón, de la prisión de aquel rey en Bayona, de las revoluciones de España, del grito del señor Hidalgo, de las excomuniones de la Inquisición, de la división de americanos, de la guerra de los doce años, de la independencia del Imperio.³⁰

En conjunto, los panfletos lizardinos plantearon una serie de luchas frente a las instituciones de poder novohispano, las cuales forzaron la transformación de las posiciones, configurando el campo literario dentro del campo político de la siguiente forma: primero, en 1811 y desde 1814 hasta 1819, en virtud de una prensa amordazada, Lizardi enarboló la bandera fernandina, presentando en los diálogos su postura hacia los insurgentes (nunca hacia la causa) en una crítica negativa. Un ejemplo de esto es el *Tercero diálogo crítico. El crítico y el poeta*, de 1811, texto que publicó cuando fue encarcelado luego de entregar las armas a las tropas de Hidalgo, y en el cual pregunta: “¿Está usted loco?/ ¿cómo ha de sonar bien al insurgente/ que fuera yo a encajarle lo clemente,/ el valor ni prudencia?”.³¹ Segundo, entre 1812 y 1813, y desde 1820 hasta 1823, con una prensa libre, Lizardi se involucró en la Guerra de los Panfletos y durante el denominado Trienio Liberal se dedicó a subrayar los problemas con los que nacía la nación mexicana a partir de la apropiación didáctica de los escritores de la Ilustración, la crítica a las condiciones sociales, a la igualdad de los oficios, el problema de la transferencia de la soberanía y la construcción del ciudadano; al proclamarse la Constitución española, Lizardi la defendió e hizo lo mismo con la rebelión de Cádiz. En 1821 fue encarcelado por argumentar sobre la independencia, defender la imprenta y criticar los ecos de la educación novohispana; su defensa de los francmasones lo condujo también a la excomunión y a la infamación pública.³² Finalmente, entre 1824 y 1827, Lizardi centró su atención en las reformas de la Iglesia, revivió a los muertos liberales de la Independencia y la ignorancia de las clases iletradas.

Las épocas panfletarias lizardinas conducen a la construcción de un campo literario en el cual sus luchas se posicionaron en tres frentes dentro

³⁰ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1823b, p. 344.

³¹ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1811, p. 18.

³² PALAZÓN MAYORAL, 2005, p. 38.

del campo político mexicano: la educación y la Ilustración; la independencia y las garantías constitucionales y soberanas, y la libertad de imprenta y la imprenta como especie de capital cultural. Todo ello fue posible gracias al diálogo panfletario, pues además de revelar una tradición escritural que ya venía desarrollándose discretamente desde el siglo XVIII,³³ este escritor dio paso a un sujeto social: el panfletista político, un personaje asociado a los medios políticos y literarios hasta finales del siglo XIX tanto en la Ciudad de México como en las diferentes provincias. A esta clase de escritores aunque los unía ciertos enunciados políticos como la defensa de la libertad de expresión, el anticlericalismo, el nacionalismo hispanófobo y un jacobinismo antiaristocrático,³⁴ los separaba la personalización de las pasiones políticas y una condición, hasta cierto punto periférica, que volvía precario cualquier vínculo gremial.³⁵ En su faceta de panfletista, el *Pensador Mexicano* se situó al margen de todos los grupos y su localización dentro del campo político correspondió a esas "clases peligrosas", cuya emergencia, según Torcuato S. di Telia, se da en la integración de las nuevas minorías nacionales.³⁶ A los panfletistas se les llegó a considerar un peligro para el orden público, la religión y la moral; más aún, dentro de ese sector de letrados "peligrosos" que se resistía a la recomposición oligárquica de la independencia, el Lizardi panfletista se constituyó en un sujeto que al escribir buscaba traer reformas e instruir a sus oyentes y lectores: "Yo no me tengo que callar acerca de esto porque preveo los males que amenazan, tengo honor, amor a mi patria y a todo riesgo he de decir mis pensamientos políticos por lo que puedan interesar al bien común".³⁷

El principio del cambio de las obras reside, según Bourdieu, en el campo de producción cultural y, con mayor precisión, en las luchas entre agentes e instituciones cuyas estrategias dependen del interés que tengan

³³ CONCHA, 1995, pp. 17-18.

³⁴ ROJAS, 1997, p. 37.

³⁵ Otros panfletistas de la época fueron: Francisco Ibar, Rafael Dávila *La Rata Güera*, Luis Espino *Spes in Livo*, Telesforo José de Urbina y Pablo de Villavicencio *El Payo del Rosario*. Estos escritores publicaron panfletos, pero no en forma de diálogo. Usaban seudónimos o su firma hacía alusión al tema que se trataba en el panfleto, por ejemplo: *El Amigo de las Leyes*, *El Amante de la Religión y enemigo implacable de la tiranía*, *El Enemigo de los Serviles*, entre otros.

³⁶ DI TELLA, 1994, pp. 17-21.

³⁷ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1821, p. 160.

tanto en función de la posición que ocupan en el reparto de capital (institucionalizado o no), como en conservar o transformar la estructura de ese reparto y, por lo tanto, en perpetuar o subvertir las convenciones.³⁸ Si observamos el campo literario que Lizardi fue constituyendo como representante del panfletismo, advertiremos que se posicionó a través del género dialógico-satírico desde tres niveles transversales a los “frentes” arriba planteados. Primero, como un discurso directo de la novelística: gracias a lo que los personajes dicen, sabemos de otros personajes, de la diégesis, o de ellos mismos en la forma de monólogos;³⁹ segundo, como la imitación de un discurso razonado, en prosa, sin intención de que sea escenificado, y diseñado para beneficio de los hombres públicos, y tercero, como el modo de hacer claro un asunto abstracto por una conversación bien seguida: “*It ought to be a natural and spirited representation of real conversation; exhibiting the characters and manners of the several speakers, and suiting to the character of each that peculiarity of thought and expression which distinguished him from another*”.⁴⁰ Asimismo, y de acuerdo con Jesús Gómez, el diálogo como género descende de la tradición clásica que hunde sus raíces en la filosofía occidental, pero también en la retórica ciceroniana y en la sátira.⁴¹ La tradición dialógica se remonta al Renacimiento y fue durante este periodo que se consolidaron los modelos para la escritura de diálogos: Platón, Cicerón, Luciano de Samosata y Erasmo;⁴² cada uno produjo un modelo de acuerdo con la finalidad del diálogo: filosófico (Platón), didáctico o doctrinal (Cicerón) y circunstancial (Luciano y Erasmo).⁴³ Los diálogos de Lizardi descenden de esta tradición y responden a una finalidad político-didáctica, situándose entre las características ficticias y la narrativización de las circunstancias, de ahí que se pueda distinguir en sus panfletos: un corte filosófico, dando preeminencia a la dialéctica que contrapone tesis y antítesis; un corte didáctico, con mayor peso en la poética y en la retórica a

³⁸ BOURDIEU, 1995, pp. 346-347.

³⁹ OZUNA CASTAÑEDA, 2009, p. 6.

⁴⁰ BLAIR, 1823, p. 493.

⁴¹ GÓMEZ, 1997, pp. 1-2.

⁴² GÓMEZ, 1988, pp. 147-149.

⁴³ MORÓN ARROYO, 1973, pp. 275-277.

través de interlocutores en un proceso discursivo y lógico de argumentación, y un corte circunstancial en el cual “lo importante es la representación del proceso dialógico como una búsqueda en la que participan todos los interlocutores, no sólo como discípulos o maestros, sino con su carácter individualizado”:⁴⁴

D. Porras: Por más que V. me diga, amigo D. Braulio, yo no puedo creer que la ilustración se propague con la lectura de tanto miserable folleto como vé la luz pública, llenos de chocarrerías, contradicciones y disparates. Hago yo bien en no leer nada no gastar ni medio real en esas paparruchas.

D. Braulio: Está V. rematado. Si acaba V. de asentar que no lee nada ¿cómo asegura que los papeles contienen chocarrerías y sandeces? Nada hay más propio para fomentar la ilustración que esa clase de papeles que por su precio y volumen se hacen accesibles y fáciles de leer a cualquiera. Estos contienen bellas sentencias, noticias, rasgos de erudición, moralidades y lecciones. El que procura leer todo lo que sale distingue el grano de la paja.⁴⁵

Tanto Braulio como Porras representan posturas que buscaban el debate, se entretenían en él y esperaban la réplica. Su conversación nos ha enseñado el diálogo desde una doble perspectiva: al interior, el discurso no es tolerante, ni abierto, ni busca la verdad, sino la presentación de una idea, de una opinión; al exterior, el discurso termina por descalificar al que piensa de diferente manera. En la voz de Braulio se ha demostrado que para Lizardi el dominio de la escritura significaba la superación de un aspecto de inferioridad colonial, a la par que adquirir el conocimiento detrás de los términos eruditos. Sus habilidades críticas nos permiten ver la forma como un lector (Braulio) puede juzgar el estilo, para percibir la falsedad en el lenguaje y en consecuencia fundar una sociedad “*where a literate minority bore the responsibility, as the Enlightenment taught, for opening up the lessons of a book culture to many uncivilized illiterates*” (Porras).⁴⁶

Así, hemos llegado al foco de la educación y al proceso de Ilustración en los diálogos lizardinos. Ya Braulio ha expuesto la preocupación y el interés por impartir conocimiento práctico, pragmático y utilitario a las

⁴⁴ GÓMEZ, 1988, p. 63.

⁴⁵ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1822b, p. 1.

⁴⁶ VOGLEY, 1987, p. 791.

clases iletradas. Sin embargo, este proceso ha puesto en evidencia cómo las discontinuidades textuales marcan la identidad de los lectores e interlocutores: aquéllos se definen en ese espacio entre el conocimiento tradicional, codificado a partir de las abstracciones racionales de la Ilustración europea, mientras que éstos son representantes del pensamiento empírico y su acceso al conocimiento se realiza a través del ensayo y el error, duplicando la experiencia colonial. El discurso de la Ilustración no sólo se percibe como una radical transformación cultural que se extendió a los campos del actuar y pensar de los mexicanos, sino también, como lo precisa François Xavier Guerra, se convirtió en “un conjunto de mutaciones múltiples en el campo del imaginario, de los valores, de los comportamientos [...] el centro de un nuevo sistema de referencias: la victoria del individuo, considerado como un valor supremo con el que deben medirse tanto las instituciones como los comportamientos”.⁴⁷

En este contexto, Spell ha identificado algunas referencias europeas en la obra de Lizardi: Blanchard y Rousseau con respecto a la crianza de los hijos y la educación; Feijóo en la promulgación de valores utilitarios e ideas aristocráticas sobre la naturaleza del trabajo; Lardizábal en castigos penales, y Maquiavelo con el príncipe egoísta.⁴⁸ Spell sugiere, además, que el propósito de Lizardi al mencionar a estos autores, más allá de demostrar que él como un intelectual mexicano podía conversar al mismo nivel que los filósofos de Europa, era ofrecer una especie de guía bibliográfica para sus lectores criollos.⁴⁹ Siguiendo el ejemplo de las reformas borbónicas en Francia y en España, la ficción de Lizardi planteó una agenda criolla basada en la crítica colonialista al desarrollo económico y político, así como la alegorización al contrato social y “*the development of republican concepts of individualism and capitalistic notions of self-interest*”.⁵⁰ Este último aspecto es relevante en sus panfletos, pues fue el campo de réplica a través del cual se marcó la transición entre lo que Vogeley designa “*the dilemma of the individual Mexican*”,⁵¹

⁴⁷ GUERRA, 1992, p. 23.

⁴⁸ SPELL, 1956, pp. 416-417, 422-423, 427.

⁴⁹ SPELL, 1956, p. 432.

⁵⁰ VOGLEY, 2001, p. 247.

⁵¹ “*The individual who agonized because he thought his soul in jeopardy if he participated in the collective crime of opposition to the Crown*”. Al respecto, véase VOGLEY, 2001, 249.

la defensa de un liberalismo incipiente,⁵² y el establecimiento de un sistema republicano:

Maestro: ¿Y si la guerra fuera contra tu patria, qué harías?

Discípulo: Yo no tengo patria; y así me pondría de parte del ventajoso más que fuera contra mi abuela.

Maestro: Según eso, tú, ni tienes honor, ni patria, ni religión, ni ley, ni gobierno, ni padre, ni madre, ni deudos ni cosa alguna porque los hombres sacrifican gustosos su vida y sus haberes?

Discípulo: No señor. Yo soy mi patria, mi ley, mi rey, mi religión y mis parientes, y como yo no padezca, y que antes aumente mi bienestar y mis conveniencias, se me dá un pito de que todo se pierda.⁵³

El anterior diálogo, titulado *El Egoísta y su maestro* (1820), identifica el egoísmo como “el arte de hacerse un hombre centro de todo cuanto rodea; o más claro; es la quinta esencia del amor propio con el que el hombre procura que le sirvan y sean de provecho todas las criaturas a qualquier costa, sin cuidar jamás de ser él útil por sola la razón de hacer bien”.⁵⁴ En otras palabras, el egoísmo se presenta como una filosofía en la que sus partidarios podían satisfacer sus pasiones individuales a expensas de los demás. Ya no se trata de reprochar al monarca, al tirano o el abuso de autoridad, se trata de una sátira directa a las élites burguesas y al lugar del letrado en el proyecto nacional: ¿cuáles debían ser sus motivaciones, cuáles sus acciones? Basado en valores comerciales y no en definiciones religiosas o monárquicas, ¿cuáles debían ser los modelos que la élite y el letrado debía adoptar en la organización de la república? ¿Cuáles sus modelos de identidad y ciudadanía? Lo interesante de esta toma de posición, a las puertas de la independencia, no es sólo la insistencia del *Pensador Mexicano* en el caduco sistema educativo novohispano, sino también la forma como Lizardi, en voz del maestro, intenta desautorizar las ideas de su alumno, abriendo el debate en torno a la crisis de la estructura colonial. La función del discípulo es la del representante de la élite novohispana enquistada en un lenguaje que refleja los códigos oscurantistas. La primacía

⁵² CHUST, 2008, p. 171.

⁵³ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1820, p. 2.

⁵⁴ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1820, p. 3.

del individuo sobre la sociedad se hace presente y las bases para construir una nación son amenazadas. A través del maestro y el discípulo Lizardi amonesta las costumbres de la sociedad burocrática y arremete contra las instituciones que han inmovilizado la riqueza e impedido el progreso. Su intención es el desvío del discurso hacia un destinatario colectivo que implique un desplazamiento de lo individual a lo público, incluso a lo nacional cuando se alude al bien de la “Sociedad”, de la “República” o del “Estado”, al cual deben subordinarse los intereses personales.⁵⁵

Lizardi percibió los problemas del sistema colonial, sin embargo, no puede desconocerse que “*his solution still depended on a belief in the personal virtues of self-love and loyalty, which the family and paternalistic structures seemed to foster*”.⁵⁶ Lo que podríamos denominar un sistema de “*well-ordered egoism*” se extendió, en opinión de Lizardi, de la Colonia a la República, propiciando la discusión sobre los principios de gobierno y articulando una racionalidad egoísta al debate por la incorporación de las capas bajas a la nación y por la coyuntura constitucional e independentista de 1820 y 1821. Otras voces, como la de Chamorro llamando a Dominiquín “ignorante, bárbaro, necio, avaro, arrogante” y la de este último renunciando a “los pesos fuertes” y a su *status* del egoísta “que en las conmociones populares siempre lleva la peor parte: ¡el que arrastró el coche, arrastra una cadena, el que mandó a degollar, es degollado, el que no se pensaba, da la ley!,⁵⁷ reafirman la lucha lizardina en torno a la definición del individuo, en otros términos, del sujeto mexicano. La fuerza con la que se asume la significación del individuo conduce, pues, a la definición de modernidad, entendida como la “invención del individuo, agente empírico” y quien ahora va a ser el “sujeto normativo de las instituciones”.⁵⁸

El *Diálogo entre el Perico y el Pensador* (1823) se convirtió en el primer intento lizardino por formular una de las figuras abstractas del poder: la soberanía. En esta constelación de nuevas figuras políticas, la de la soberanía y, con ella, la de la nación independiente, ocupan un lugar central, ya que la victoria de la soberanía es la que abre la reorganización del campo

⁵⁵ MOZEJKO, 2007, p. 230.

⁵⁶ VOGLEY, 2001, p. 99.

⁵⁷ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1821, p. 162.

⁵⁸ GUERRA, 1992, p. 58.

político mexicano. Lo que triunfa entonces es, por un lado, esa moderna noción de soberanía que había ido gestándose desde el siglo XVI, entendida como una potestad unificada, absoluta, no limitada por nadie y de la cual procede toda autoridad,⁵⁹ y por otro, una noción de nación, nueva también, puesto que es concebida como una asociación voluntaria de individuos iguales. Pero para entender el concepto de soberanía en Lizardi debemos entender que el republicanismo en México tuvo diversos orígenes y que el campo político se alimentó de diferentes fuentes ideológicas; además, que otra línea que le dotará de singularidad es la surgida desde las Cortes de Cádiz hasta el periodo de Iturbide. En las Cortes de Cádiz los diputados novohispanos se sintieron representantes de sus provincias en un Congreso nacional, de tal forma que conjugaron una doble soberanía, la provincial y la nacional. Esta doble soberanía provocó un posicionamiento del liberalismo peninsular hacia posturas centralistas y, en segundo lugar, la reacción del sector absolutista y de Fernando VII en contra de los derechos de igualdad americanos.⁶⁰ Tras la reacción absolutista de 1814 y la posterior represión, el autonomismo mexicano se fue reafirmando en que sus derechos se truncaban por la oposición del monarca, por lo que las reivindicaciones federales fueron adscribiéndose a las tesis republicanas. Esta problemática se volvió a repetir en las Cortes de 1820 y 1821 del México independiente. De esta forma, la lucha del campo político en torno al federalismo se tornó en una lucha por la república, dado que ni la monarquía absolutista ni la constitucional de Fernando VII, ni el Imperio de Iturbide fueron capaces de garantizar un estado federal:

Iturbide: Yo estaba desengañado, creyendo que debía servir al rey de España, y sabía que el gobierno español premiaba a proporción de lo crueles que eran los jefes; y así éstos mentían en sus partes, señalando por miles los muertos insurgentes. Así lo hice en el famoso parte que di del Viernes Santo: a treinta le añadí un cero, *porque los ceros no cuestan nada*, y con estas palabras se lo dije al doctor Mier. ¡Oh! Ese clérigo, patriota y atrevido, me dijo que *para el caso de mal hecho, lo mismo eran treinta que trescientos...*

Concha: Pero usted creo que no le tuvo respeto al Congreso nacional, pues llegó a disolverlo después de haber apresado a muchos diputados.

⁵⁹ GUERRA, 1992, p. 131.

⁶⁰ CHUST, 2003, pp. 209-212.

Iturbide: A mí me proclamaron emperador, tronó la artillería... y hubo un infeliz que a falta de leña quemó su cama.⁶¹

Tanto Iturbide como Concha han demostrado que las relaciones de poder que se dan en el campo político tienen que ver con la posesión del capital cultural que lleva a los agentes a una posición dominante, desplegándose una jerarquización: por un lado, están quienes han alcanzado el poder y, al querer conservarlo, generan la ortodoxia, la tradición (Iturbide); del otro lado, en oposición, se encuentran los agentes de ruptura; éstos poseen un mayor capital simbólico, económico y social (el Congreso). Por su parte, los agentes pobres en capital se dirigen más que todo a las posiciones tradicionales que se encuentran prontas a entrar en decadencia (el general Concha). En el caso mexicano la transmutación de la nación en nación moderna y la invocación de la soberanía transmutada, transferida al Congreso, presentaba una dificultad: el ejercicio político dirigido antes a las autoridades del *Ancient Regime*, se convierte en una lucha por ocupar estos lugares de poder y por la reorganización del campo político: ¿qué hacer con el pueblo? ¿Cómo enfrentarse a las instituciones de poder novohispano si sólo se contaba con un populacho ignorante? ¿Cómo anticipar el sueño modernizador de las élites criollas a partir de la palabra escrita, construir leyes e identidades nacionales? En el México independentista la política se difunde por todos los niveles del cuerpo social⁶² y es el pueblo el que viene a encarnar lo *Otro*, o sea todo lo anacrónico;⁶³ la participación del pueblo fue reducida a un ruido incomprensible, lo que implica no sólo una norma de comportamiento racional, sino también la inclusión indirecta del leperaje como una capa de ciudadanos listos a acudir a los llamamientos políticos y a concurrir a los disturbios. El proyecto lizardino se inscribe, por ende, dentro del molde que conjugaba la voz de los muertos de la Independencia, de los militares españoles, con un modelo jurídico que sintetiza la transición del proyecto criollo entre las denominadas por Elías Palti “política restringida y política generalizada”.⁶⁴

⁶¹ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1824, pp. 138-140.

⁶² GUERRA, 1992, p. 135.

⁶³ FRANCO, 1983, p. 9.

⁶⁴ PALTÍ, 2005, p. 54.

Después de la Independencia, la reestructuración del campo político mexicano abrió la posibilidad del tránsito a la modernidad: el establecimiento de un estado liberal, fundado en los principios de la soberanía nacional, el sistema representativo popular y la división de poderes. Según la tesis de Rafael Rojas, a partir de 1824, los actores políticos del México independiente, entre ellos Lizardi, se movieron en cuatro formas de sociabilidad que modularon las posiciones y acentuaron las desviaciones diferenciales y las luchas dentro del campo literario y el campo político: los grupos parlamentarios, las corrientes de opinión pública, las logias masónicas y los pronunciamientos militares.⁶⁵ Así, entre 1821 y 1829, la apertura de la esfera pública estuvo condicionada por una tensión entre la notabilidad social del antiguo régimen y la movilidad política que suscitaba la independencia.⁶⁶ Se reiniciaba también un periodo de libertades políticas con la abolición de la Inquisición, la libertad de los presos políticos, la vuelta de los exiliados, la de los ayuntamientos constitucionales, la creación de una Junta provisional y la libertad de imprenta. No hablamos aquí de las grandes imprentas, con varias prensas y numeroso personal, como lo hace destacar Lizardi en su querrela con el impresor Mariano Ontiveros: "Como si en dicha imprenta no hubiera sino una caja de letra, un cajista y una prensa".⁶⁷ Nos interesa subrayar la función de otros talleres que trabajaban en pequeña escala en la producción de folletos, panfletos, líbelos difamatorios, a la par de billetes de lotería y literatura de cordel. Nos interesan aquellas imprentas sin licencia y que escapan al control oficial, ya que la existencia de esta clase de capital no institucionalizado permitió a escritores como Lizardi la publicación de escritos contraimperiales, dando paso al establecimiento de las "imprentas de guerra".⁶⁸

Una perspectiva crítica acerca del desarrollo que está teniendo la libertad de imprenta en México es aportada por el *Pensador* en un panfleto

⁶⁵ ROJAS, 2003, p. 87-166.

⁶⁶ ROJAS, 1997, p. 36.

⁶⁷ Aviso reproducido por MEDINA, 1911, t. 8, p. 204.

⁶⁸ GUERRA, 1992, p. 283. En México sólo dos impresores trabajaban con licencia real entre 1796 y 1806. Todo cambia luego de esta fecha: son tres en 1807, cuatro en 1808 y cinco en 1809. De 1815 a 1819, durante el retorno al absolutismo, no serán más que tres, pero pasarán a siete en 1820, después del restablecimiento de la Constitución de 1812. Los impresores de la Independencia fueron Mariano José de Zúñiga y Ontiveros, María Fernández Jáuregui, Alejandro Valdés, José María Benavente y Manuel Antonio Valdés.

de 1822 titulado *Maldita sea la libertad de imprenta*. Aquí, a través de la conversación entre un defensor de la escritura en libertad (don Liberato) y un recalcitrante que opina que la libertad de imprenta ha sido nefasta para la nación (don Servilio), vemos el “acaloramiento patriótico” que significaba la divulgación de las ideas, además de los obstáculos que aún existían entre fiscales y censores cuando se intentaba sacar a la luz un escrito. Como explica don Liberato, se dejaba publicar todo aquello que los autores daban a las prensas, pero luego, una vez aparecidos los papeles, se les ponían mil impedimentos:

Don Liberato: Imprime el escritor lo que quiere, es verdad, sin previa censura; mas no sin censura posterior. Sale su papel, y se queda temiendo si no le gustará al señor fiscal, si lo denunciará, si le tocarán buenos jueces en primer juicio, o si irá a la cárcel a hacer la cuenta de la impresión. Ésta no me atreveré a llamarla libertad de imprenta, sino peligro de imprenta.⁶⁹

Hasta aquí, se afirma que los diálogos lizardinos exploraron nuevas formas de convocatoria popular y nuevos usos del lenguaje, teatralizando el conflicto social y declarando un discurso contraimperial más abierto y colectivo, a través de sus referencias y su espíritu transformador de la realidad mexicana. En los textos lizardinos se ensayó la dinámica entre consenso/disenso y se utilizó la mímica y la pedagogía nacionalista como réplicas de discursos dominantes en el proceso criollo de explorar su propia voz. Lizardi identificó los cambios que operaban en el discurso político y que estaban asociados a la configuración de espacios de sociabilidad para ideas ilustradas. El proyecto criollo lizardino constituyó un discurso nacional de unidad; unidad ilusoria, puesto que no sólo la ciudad letrada era un conjunto de rivalidades en pugna, sino que la misión del escritor era uno de los blancos de la contrarrevolución; al literato que pretendía servir de guía (al pueblo) se le denunciaba como promotor de desorden y subversión; es él quien encarna esa razón usurpadora que altera el orden social.

A través de este análisis se ha ratificado también que la estrecha vinculación entre el ejercicio de la escritura y el poder durante el siglo XIX

⁶⁹ FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 1822c, p. 11.

fue una realidad patente. A la vez metafórica y real, la ciudad letrada se fue modificando según la evolución local de los contextos sociopolíticos y culturales. A lo largo del siglo XIX, el poder tendió a ampliar su base social y a adaptar los mecanismos de su reproducción a las condiciones cambiantes. A la dominación autoritaria de la época colonial fue sucediendo, poco a poco, la hegemonía de diversos grupos que competían por el poder o por alguna de sus parcelas. Al ir perdiendo los privilegios que le había otorgado el poder monolítico de antaño, la casta de “esos que manejan la pluma” terminó transformándose en un conglomerado cada vez más heterogéneo y abierto de intelectuales. Los sucesores de los antiguos letrados se hicieron dueños de cierta autonomía, y muchos de ellos entraron en disidencia con los poderes establecidos, como fue el caso de Lizardi. En el enfrentamiento entre campo literario (dialógico) lizardiniano dentro del campo de poder mexicano, se puso en escena la lucha entre sus diferentes tomas de posición y la construcción de un espacio de posibles. Esta lucha dependió de la autonomía de que dispuso el campo de poder, es decir, del grado en que llegó a imponer sus normas y sus sanciones al conjunto de los productores de bienes culturales (excomunión, censura, cárcel) y a aquéllos que, como el *Pensador Mexicano*, ocuparon una posición temporalmente dominante en el campo de producción cultural.

OBRAS CITADAS

ALBA-KOCH, Beatriz

- 2000 “Enlightened Absolutism and Utopian Thought: Lizardi and Reform in New Spain”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 24, núm.2, pp. 295-306.

BACHMAN, John

- 1971 “Los panfletos de la independencia”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, vol. 20, núm. 80, pp. 522-538.

BENÍTEZ-ROJO, Antonio

- 1996 “José Joaquín Fernández de Lizardi and the emergence of the Spanish American novel as national project”, *Modern Language Quarterly*, vol. 57, núm. 2, pp. 325-339.

BHABHA, Homi

- 2002 *El lugar de la cultura*, Manantial, Buenos Aires, 308 pp.

- BLAIR, Hugh
 1823 *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, A&R Spottiswoode, 548 pp.
- BOURDIEU, Pierre
 1990 “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, *Criterios*, pp. 2-26. Traducción de Desiderio Navarro [http://www.criterios.es/pdf/bourdieuCampo.pdf].
 1995 *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 520 pp.
 2003 “El campo intelectual y proyecto creador”, en Nara Araujo (comp.), *Textos de teorías y crítica literarias*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 238-285.
- CONCHA, Gerardo de la
 1995 *La razón y la afrenta*, Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 553 pp.
- CHUST, Manuel
 2003 “Legitimidad, representación y soberanía: del doceañismo monárquico al republicanismo federal mexicano”, en Brian F. Connaughton (ed.), *Poder y legitimidad en México en el siglo XIX*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, pp. 209-247.
 2008 “México, de colonia a estado-nación: una propuesta de periodización, 1808-1835”, *Revista del CESLA*, núm. 11, pp. 161-182.
- DABOVE, Juan Pablo
 2007 *Nightmares of the Lettered City. Banditry and Literature in Latin America 1816-1929*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 392 pp.
- DI TELLA, Torcuato S.
 1994 *Política nacional y popular en México: 1820-1847*, Fondo de Cultura Económica, México, 330 pp.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín
 1811 *Tercero dialogo crítico. El crítico y el Poeta*, Imprenta de Jáuregui, México.
 1820 *Dialogo. El Egoísta y su maestro*, Oficina de los ciudadanos militares D. Joaquín y D. Bernardo de Miramón, México.
 1821 *Chamorro y Dominiquín, diálogo joco-serio sobre la Independencia de América*, Imprenta de D. J. M. Benavente y socios, México.
 1822a *El cucharero político en argumentos con Chepe*, Imprenta del Autor, México.
 1822b *Hemos dado en ser borricos y nos saldremos con ello. Diálogo entre D. Braulio y D. Porras*, Imprenta del Autor, México.
 1822c *Maldita sea la libertad de imprenta; diálogo entre D. Liberato y D. Servilio*, Oficina de Betancourt, México.
 1823a *Diálogo entre el Perico y el Pensador*, Imprenta de don Mariano Ontiveros, México.

- 1823b *La defensora de los gachupines Juanita la curtidora. Diálogo con su marido Perucho*, Imprenta de D.F.L., México.
- 1824 *Las sombras de Concha e Iturbide. Diálogo*, Oficina de D. Mariano Ontiveros, México.
- 1991a *Obras XI Folletos (1821-1822)*, Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón Mayoral (eds.), Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1991b *Obras XII Folletos (1822-1824)*, Irma Isabel Fernández Arias (ed.), Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1995 *Obras XIII Folletos (1824-1827)*, Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón Mayoral (eds.), Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- FERRER MUÑOZ, Manuel
- 1996 "Publicística novohispana de 1821: ¿independencia o sujeción a España?", *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 53, pp. 71-95.
- FRANCO, Jean
- 1983 "La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana", *Hispanamérica*, vol. 34, núm. 35, pp. 3-34.
- 1984 "Women, Fashion and the Moralists in the Early Nineteenth-Century México", en Lía Schwartz Lerner e Isafas Lerner (eds.), *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Castalia, Madrid, pp. 421-430.
- GÓMEZ, Jesús
- 1988 *El diálogo en el Renacimiento español*, Cátedra, Madrid, 236 pp.
- 1997 "Un diálogo del Renacimiento", *Libros Segunda Época*, vol. 7, núm. 8, pp. 1-2.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo
- 1992 *La literatura perseguida por la Inquisición*, Libros de Contenido, México, 189 pp.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz
- 2002 *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Iberoamericana, Madrid, 300 pp.
- GUERRA, François-Xavier
- 1992 *Modernidad e Independencias*, Mapfre, Madrid, 496 pp.
- MEDINA, José Toribio
- 1911 *La imprenta en México (1539-1821)*, t. 8, Impreso en casa del autor, Santiago de Chile.
- MORAÑA, Mabel
- 1989 "El Periquillo Sarniento y la Ciudad letrada", *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 23, núm. 3, pp. 113-126.

- MORÓN ARROYO, Ciriaco
 1973 "Sobre el diálogo y sus funciones literarias", *Hispanic Review*, núm. 41, pp. 275-284.
- MOZEJKO, Danuta Teresa
 2007 "El letrado y su lugar en el proyecto de nación: *el Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi", *Revista Iberoamericana*, vol. 73, núm. 218, pp. 227-242.
- OZUNA CASTAÑEDA, Mariana
 2009 "Géneros menores y funcionalidad en el periodismo de Fernández de Lizardi", *Literatura Mexicana*, vol. 20, núm. 1, pp. 5-40.
- PALAZÓN MAYORAL, María Rosa
 2005 "José Joaquín Fernández de Lizardi. Pionero e idealista", en Belem Clark de Lara (ed.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 37-51.
- PALTI, Elías
 2005 *La invención de una legitimidad: razón y retórica en el pensamiento mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 544 pp.
- RAMÍREZ-PIMIENTA, Juan Carlos
 1998 "Picaresca mexicana: *El Periquillo Sarniento* en el tejido mental de la nación", *Revista Hispánica Moderna*, vol. 51, núm. 2, pp. 225-235.
- ROJAS, Rafael
 1997 "Una maldición silenciada. El panfleto político en el México independiente", *Historia Mexicana*, vol. 47, núm. 1, pp. 35-67.
 2003 *La escritura de la independencia. El surgimiento de la opinión pública en México*, Centro de Investigación y Docencia Económicas/Taurus, México, 326 pp.
- SPELL, Jefferson R.
 1927 "Fernández de Lizardi as a Pamphleteer", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 7, núm. 1, pp. 104-123.
 1928 "Fernández de Lizardi and his Critics", *Hispania*, vol. 11, núm. 3, pp. 233-245.
 1937 "Mexican Literary Periodicals of the Nineteenth Century", *PMLA*, vol. 52, núm. 1, pp. 272-312.
 1956 "The Intellectual Background of Lizardi as reflected in *El Periquillo Sarniento*", *PMLA*, vol. 71, núm. 3, pp. 414-432.
- STEINBERG, Samuel
 2013 "Originary Debt (1816)", *Revista Hispánica Moderna*, vol. 66, núm. 1, pp. 43-55.

STOLLEY, Karen

- 1996 "The Eighteenth Century: Narrative Forms, Scholarship, and Learning", en Roberto González Echeverría y Enrique Pupo-Walker (eds.), *The Cambridge History of Latin American Literature I*, New York University Press, Cambridge, pp. 336-374.

TORRE VILLAR, Ernesto de la

- 1979 "La Ilustración en la Nueva España. Notas para su Estudio", *Revista de Historia de América*, núm. 87, pp. 37-63.

VOGELEY, Nancy

- 1993 "Colonial Discourse in Postcolonial Context", *Colonial Latin American Review*, vol. 1, núm. 2, pp. 189-212.
- 1987 "Defining the Colonial Reader: *El Periquillo Sarniento*", *PMLA*, vol. 102, núm. 5, pp. 784-800.
- 2001 *Lizardi and the Birth of the Novel in Spanish America*, University Press of Florida, Gainesville, 342 pp.
- 2007 "Llorente's Readers in the Americas", en David S. Shields (ed.), *Liberty! Égalité! Independencia!*, American Antiquarian Society, Worcester, pp. 375-393.